

San Pedro, Príncipe de los Apóstoles

29 de Junio

SAN Pedro nació en Bethsaida que está en el lago de Genesareth, en la Galilea superior. Era hijo de Juan, y se llamaba Simón, mas Jesucristo le llamó Pedro, que quiere decir piedra. Era pescador de profesión, y casado con Perpetua, quien según dicen las crónicas fué martirizada en Roma antes que él. Fué discípulo de San Juan el Bautista, habiendo sido presentado a Cristo por Andrés, pero después de seguir a Jesús por algún tiempo, volvió a su oficio, entregándose por completo a su servicio solamente después de la pesca milagrosa. Jesús le hizo Apóstol, y prometiéndole la dignidad de "Príncipe de los Apóstoles", le confió las llaves del reino de los cielos, y le dijo que él sería la "Roca" sobre la que edificaría su Iglesia.

Después de la ascensión del Señor, constituyóse Pedro cabeza de los demás Apóstoles: presidió las elecciones del Apóstol Matías; fué el primero en predicar a su Señor resucitado, el primero en recibir dentro del seno de la Iglesia a los primeros judíos y paganos conversos; él obró el primer milagro, infligió el primer castigo, excomunicó al primer hereje; y él pronunció la palabra decisiva en

el Primer Concilio de los Apóstoles en Jerusalem, en el año 50.

San Pedro fué el primer Obispo de Roma, habiendo sufrido martirio de cruz cabeza abajo en el Circo de Nerón, el 29 de junio del año 64, bajo este emperador. Numerosos peregrinos de todas partes del mundo visitan anualmente el sepulcro de este venerado Apóstol que está en el Vaticano.

He aquí en muy pocas palabras la vida del primer Papa. Consideremos ahora sus virtudes como las vemos en los Evangelios reveladas por sus propias palabras.

Primeramente consideremos su **humildad**. Después de la pesca milagrosa, S. Pedro lleno de santo temor, se echó a los pies del Señor exclamando: "¡Apártate de mí, O Señor, porque soy hombre pecador!" En estas palabras vemos bien claro la humildad que caracterizó al santo Apóstol, quien se juzgaba indigno de permanecer en la presencia del Divino Maestro. Entonces Jesús le dijo: "Sígueme." Dios ama a los humildes de corazón.

Segunda consideración, su **generosidad**. A estas palabras del Señor, obedeció Pedro inmediatamente, así es que bien podía decir

sin reparo alguno: "Ya véis, Señor, que todo lo hemos dejado por seguirnos."

Tercera consideración, su **fe**. Cuando algunos discípulos de Jesús le dejaron porque no alcanzaban a comprender el misterio de la Eucaristía, Él se volvió a sus Doce diciéndoles: "¿Y vosotros, también me dejaréis?" Entonces Pedro con vivo fervor le responde: "¿Y a quién iremos, Señor? Vuestras palabras son de vida eterna."

Muchas otras virtudes, además de estas, enaltecieron al Santo Apóstol. Pero, ¿acaso no negó Pedro a su Dios en la misma noche en que Jesús fué prendido? Sí, esto hizo, en verdad, pero como dice el gran padre San Agustín: "Aunque tuvo en la boca una

mentira, permaneció fiel su corazón." Grande fué su falta, pero su arrepentimiento inmediato, sincero, perfecto, y constante. Aquella mirada dulcemente reprochadora del atribulado Jesús, llenó a Pedro de tristeza y dolor; dándose entonces cuenta de la gravedad de su pecado lo lloró amargamente, y no sólo en aquel momento, sino durante todo el resto de su vida, llegando sus incesantes lágrimas según cuentan las crónicas, a dejarle dos surcos en las mejillas.

Aprendamos a amar a Dios como él le amó, con ese amor perfecto que engendra contricción también perfecta. Y digamos siempre como S. Pedro al Salvador: "¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo!"



La verdadera grandeza se halla, no en el nombre, sino en el alma.

—Santa Teresita.

Quando se nos sorprende y se nos juzga desfavorablemente....callemos.

STA. TERESITA

